

EL MONTE SAN MIGUEL

Coutances, 28 de junio.

Como ves, Adela mía, esta carta está fechada en Coutances, el antiguo feudo de Martina á quien abrazo con todo mi corazón. He dado ya una vuelta por la villa, aun cuando son las once de la noche, y he visto los hermosos campanarios de la catedral sazonados con una magnífica claridad lunar. Por lo demás, es la primera catedral hermosa que he visto desde Chartres. La de Dol apenas puede mentarse y la de Avranches está destruída.

Acabo de retirarme bastante fatigado; pero quiero escribirte, mi pobre adorada, antes de acostarme. Esto llenará de dulces imágenes mi sueño.—Me traen un caldo que interrumpe esta carta. Noto de paso que dicho caldo es bueno, lo que no deja de ser raro para un caldo de posada. Hay que verlo para creerlo.

Ahí va mi aventura más reciente. Desde San Malo, de donde era mi última carta, fui á Châteauneuf. Había, en lo que han tenido la bondad de llamar el cupé del patache, tres humanos, un subteniente de guarnición en el campamento de Châteauneuf, una muchacha vestida de un modo curiosamente simple y grave, y yo. Al salir de la villa, dije á la señorita: —Señorita, ¿me permite usted que baje el vidrio? Y me respondió con una voz muy dulce y con ligero acento alemán ó inglés: —*Como tú quieras*. Lo cual dejó al subteniente sumamente sorprendido y escandalizado.

Era una especie de quákera que iba á completar su educación á Santa Susana. Siguió el camino con nosotros, tuteando con modestia al oficial, que acabó por familiarizarse, y á mí, que lo veo todo con ojos filosóficos. Comió una vez en la mesa redonda con nosotros; mas en el ramal de la carretera de Vitré encontró otro patache, cubierto de polvo, que se la llevó cojeando.

Yo no fui á Vitré. Desde Dinán regresé á Pontorson. Dinán es una hermosa y antigua villa aglutinada y construída á plomo sobre un precipicio, como un nido de golondrinas. Quedan aun algunas bonitas iglesias, una soberbia torre antigua que dibujé, y aquí y allá algunas casas esculpidas, un magnífico pórtico románico viudo de su iglesia, y algunas fachadas en que el arte del Renacimiento supo sacar partido del granito. Fui á la alcaldía á buscar al señor de Saint-Léon. Aun no había vuelto de la Cámara, lo que me contrarió.

Ayer estuve en el Monte San Miguel. Aquí tendría que amontonar los superlativos de admiración, como los hombres han amontonado los edificios sobre las peñas, y como la naturaleza ha amontonado las peñas sobre los edificios. Pero prefiero empezar por decir á la llana, Adela mía, que almorcé horriblemente. Una vieja y sucia mesonera, llamada madama Laloi, halló modo de hacerme comer pescado podrido en medio del mar. Y luego, como nos hallamos en el límite de la Bretaña y la Normandía, la suciedad es horrible, pues se compone de la mugre normanda y de la porquería bretona, que se superponen en este precioso punto de intersección. Cruzamiento de razas ó de grasas, como te parezca.

Visité en detalle y con cuidado el castillo, la iglesia, la abadía y los claustros. Es una devastación turca. Figúrate una prisión, ese no sé qué de deforme y fétido que llaman prisión, instalada en este magní-

fico envoltorio del cura y del caballero en el siglo xiv. Un sapo en un relicario. ¿Cuándo comprenderán en Francia la santidad de los monumentos?

Al exterior, el Monte San Miguel aparece, desde ocho leguas en tierra y desde quince en mar, como una cosa sublime, una maravillosa pirámide asentada sobre una enorme roca labrada y esculpida por la Edad media, y ese bloque monstruoso tiene por base, ora un desierto de arena, como Cheops; ora el mar, como Tenerife. Al interior, el Monte San Miguel es miserable.

Un gendarme está en la puerta, sentado sobre el grueso cañón enmohecido tomado á los ingleses por los memorables defensores del castillo. Había otro cañón del mismo origen. Mas dejáronlo que se fuera hundiendo estúpidamente en el cieno de la poterna. Vamos subiendo. Es una aldea inmunda donde sólo se encuentran taciturnos campesinos, soldados aburridos y un capellán tal cual. En el castillo todo es ruido de cerrojos, de telares, sombras que guardan á sombras que trabajan (para ganar veinticinco sueldos cada semana), espectros andrajosos que se mueven entre mortecinas penumbras. Bajo las antiguas bóvedas de los monjes, la admirable sala de los caballeros convertida en taller, donde á través de una ventana se ven agitarse algunos hombres repulsivos y grises que parecen gigantescas arañas. La nave románica cambiada en infecto refectorio; el bonito claustro de tan delicadas ojivas transformado en sórdido paseo; por todas partes el arte del siglo xv insultado por el salvaje cuchillo del ladrón, por todas partes la doble degradación del hombre y del monumento combinándose juntos y multiplicándose el uno por el otro. Esto es el Monte San Miguel en la actualidad.

Para coronar el conjunto, en la cúspide de la pi-

rámide, en el sitio donde resplandecía la estatua colosal dorada del arcángel, divisase como se atormentan cuatro negros palos. Es el telégrafo. Allí donde habíase posado una idea del cielo, la miserable torcedura de los negocios del mundo. Es triste.

Subí al telégrafo, que en aquel momento se agitaba con actividad. Por la isla corría el rumor que iba anunciando lejos cosas siniestras. Nadie sabía qué. (Lo supe en Avranches. Era el nuevo atentado contra el rey.) Cuando estuve en la plataforma, el hombre de abajo que tiraba de las cuerdas me gritó que no me dejara tocar por las aspas de la máquina, pues el menor contacto me lanzaría infaliblemente al mar. La caída sería terrible, más de quinientos pies. No deja de ser un mal vecino un telégrafo en aquella plataforma tan estrecha; no hay más pretil que una barra de hierro á la altura de una barandilla, y en dos lados solamente, para no entorpecer el movimiento de la máquina. Hacía mucho viento. Arrojé el sombrero á la casilla del hombre. Me agarré á la escalera y olvidé las contorsiones del telégrafo por encima de mi cabeza, contemplando el admirable horizonte que rodea el Monte San Miguel en toda la circunferencia, desde donde el mar se une á la vegetación y la vegetación á las playas.

La marea subía en aquel momento. Por debajo de mí, á través de los barrotes de uno de aquellos calabozos que aquí denominan *los palcos*, veía colgar las piernas de un preso que, vuelto hacia Bretaña, cantaba melancólicamente una canción bretona que la ráfaga se llevaba á Normandía. Y, además, había debajo de mí otro cantor que estaba libre. Era un pájaro. Yo, inmóvil arriba, me preguntaba qué es lo que los barrotes del uno debían decir á las alas del otro. Todo esto entrecortado por el chirrido de las poleas del telégrafo que transmitía el despacho del

señor ministro del Interior á los señores prefectos y subprefectos.

En la actualidad ya no encierran en San Miguel á los presos políticos. ¿Cuándo dejará de haberlos de ninguna clase?

Querida esposa, me apercibo de que se me acaba el papel y la vela. He de terminar esta carta. Y, sin embargo, tenía aun mil cosas que contarte. Será para la próxima vez. Apenas me queda espacio para decirte que beses á mis cuatro joyas como te beso á ti, desde el fondo de mi alma, y que des un apretón de manos á tu padre, á Martina y á Boulanger, si quieres. Y á todos los demás amigos.

San Juan de Day, 30 de junio.

Hace un calor tremendo, y pienso en Fourqueux, donde hace tal vez tanto calor como en San Juan de Day. Pobre esposa mía, te deseo todas las buenas corrientes de aire fresco de que carezco aquí. Sufro por ti de este calor que te envío.

Por lo demás, acabo de recorrer un delicioso camino. Ayer dejé los admirables campanarios de Coutances que temblaban á impulsos del viento de mar (sin exageración). La carretera es hermosa y está sombreada á cada momento por deliciosas cabañas llenas de flores.

Nada tan bonito y gracioso como encontrar una cabaña al borde del camino. De esas pocas gavillas de paja con que los campesinos creen hacer un techo, la naturaleza hace un jardín. Apenas el villano termina su obra triunfal, se apodera de ella la primavera, que sopla encima, la llena de las mil simientes que lleva suspendidas en su hálito, y en menos de un mes el techo vegeta, vive y florece. Si es de paja, como en el interior de las tierras, cúbrese de hermosas vegetaciones amarillas, verdes, encarnadas, que se combinan admirablemente á la vista. Si está á la orilla del mar y la cabaña está hecha de juncos, como en los alrededores de San Malo, por ejemplo, cubren entonces la cabaña de magníficos musgos sonrosados, robustos como las ovas. Tan rápidamente, que se necesitaría en realidad muy poco tiempo y un rayo de sol ó un soplo de aire para que el miserable pordiosero tuviera sobre su cabeza verdaderos jardines pensiles,

como Semíramis. Desde que salí de París no veo otra cosa. A cada suspiro del tiempo florece una cabaña.

En Avranches, que he visitado al dejar el Monte San Miguel, hay una magnífica vista, pero no hay más que esto. Antiguamente había tres campanarios, y ahora hay tres telégrafos que se cuentan recíprocamente sus murmuraciones. Y la verdad es que las charlas del telégrafo producen un efecto muy mediano en el paisaje. ¿Dónde estás, *sabio Huet*, obispo de Avranches, con tanta frecuencia citado por Voltaire?

Di un paseo por mar en Granville, y he de contártelo.

Al llegar al extremo del dique, salto en una lancha y empiezo á bogar. Paso el dique y nos hallamos en plena mar; entonces, entre el balanceo del alto oleaje, se me ocurre examinar mi tripulación. Dos pilluelos de doce años, dos remos atados con bramantes, ningún palo, un cascarón de nuez, tal era mi embarcación. El tiempo era hermoso, el cielo azul gris, el sol cálido como plomo derretido; pero la marea bajaba y nos arrastraba hacia alta mar. Mis pequeños compañeros eran valientes y hablaban ya de abordar al día siguiente en Jersey. Cuatro lijas, semisaladas, constituían toda la provisión. ¿Te haces cargo de la cosa? ¡Andar por el Océano, de noche, durante diez y ocho leguas, con dos niños, dos fósforos y dos bramantes! Una racha de viento nos condujo otra vez al puerto.

Por lo demás, es la tercera excursión que hago por mar, y resisto bien ese poderoso y complicado temolío de la ola que se descompone en mil oleadas por debajo de vosotros.

Al salir de allí, almorcé. Mientras almorzaba, un gran ruido, una oleada de pueblo llenó de pronto la calle, una calle larga y estrecha que sube hasta la iglesia, bordeada de tiendas bajas donde hay costureras parisienses. Miro, y veo pasar, en medio de la

gritería y de los índices apuntados de la muchedumbre, á dos especies de espectros, cubiertos de pies á cabeza con una especie de manto de lana negra, que andaban á grandes pasos bajo el sol resplandeciente. Aquellos espectros iban conducidos por un gendarme; eran una madre y su hija que, según decían, habían asesinado á su marido y padre respectivo. El asesinato se había realizado á escobazos, mientras el hombre estaba borracho. Eran conducidas á la cárcel. Aquella calle llena de mujeres que reían, aquel sol deslumbrador, aquel gendarme, aquellos dos fantasmas de un negro sucio que andaban á largos pasos, aquel rumor que les perseguía, todo aquel conjunto, te aseguro tenía un aspecto siniestro.

Al salir de Granville, el sol iba bajando, la brisa del mar acariciaba con fresco soplo los manzanos del camino. Este era hermoso y risueño todavía, aun cuando no tenía aquella rica orla de tamarindos floridos que lo embalsaman al rededor del Monte San Miguel. A un cuarto de legua de la villa, mientras contemplaba la sombra de las balandras en las ondas del Océano, vi de pronto pasar un gran gavilán que iba á caza de alondras. Tal vez no me habría fijado en ello, si un poco más lejos no hubiese visto un lindo pinzón, joven y grande apenas como el puño, que se daba aires de gavilán con las moscas. Todo se encadena y se parece.

Por la noche estaba en Coutances.

Estoy indignado por las devastaciones que encuentro á cada paso. En Alençon—dilo á León Masón—hay una bella y grave estatua de mármol blanco vestida como María de Médicis, que se rompe las narices contra el muro más negro de la iglesia, bajo un montón de sillas. En Mayenne hay una feísima prisión blanqueada, construída tontamente en el propio centro del castillo. En Pontorsón hay un admirable